

papa: con efecto, fue en busca del Padre Santo, amansó su cólera y le exhortó á que volviera á Roma. El nuevo papa Urbano VI, á quien disponía más á la paz el gran cisma, dió la absolución á los florentinos, de quienes recibió doscientos treinta mil florines (1373).

En el mismo año cayeron las instituciones. Todos los nobles fueron escludidos de los empleos, á que fueron admisibles todos los plebeyos, bajo la única condicion de que no figurarian entre los jefes dos personas de un mismo apellido. Ahora bien, como las antiguas familias se estendian en numerosísimas ramas, celosas por la conservacion de sus nombres tradicionales, á la par que las nuevas apenas podian contar dos generaciones, acontecia que estas últimas obtenían la preferencia, á pesar de ser gente inesperta en los negocios públicos. Pero si esta disposicion segregaba al antiguo vecindario, otra ley se alzaba contra los advenedizos. Desde el año 1266 existia una administracion distinta, llamada de la Massa güelfa, con capitanes de este partido renovados cada dos meses, y cuyo arrogante poder habia ido siempre en aumento. Hugo de los Ricci, de una familia rival de la de los Albizzi, hizo decidir que en el caso de que ocupara un empleo público un gibelino, seria castigado con una multa que podria elevarse á quinientas libras, y hasta á la pena capital por declaracion de seis testigos, aprobada por los capitanes de partido y por los cónsules de las artes. Esta ley, nuevo testimonio del encono de las facciones, propendia á escluir á todo el que poseyera menos de quinientas libras, y á los que desagradaban á los capitanes de la Massa güelfa. Apercibiéronse de ello los señores y la enmendaron; pero pasó así modificada. Fueron elevados los capitanes á nueve, añadiendo dos artesanos, y elevando el número de los testigos requeridos á veinte y cuatro: luego fué introducida una disposicion para prescribir que se *amonestara* á aquel que, elegido para uno de los puestos de la señoría, fuera sospechoso de profesar opiniones gibelinas, á fin de que no se espusiera á incurrir en la multa. Aquello era para los magistrados una inquisicion terrible que ponia las elecciones en manos de los capitanes del partido güelfo.

Llevaron la mejor parte los Albizzi, y los Ricci se vieron escludidos por la ley que ellos mismos habian provocado. De resultas agitaron nuevas facciones el Estado hasta el momento en que una decision dictatorial de los Diez de la libertad, eliminó por cinco años de toda magistratura á cinco miembros de cada una de las dos familias. No perdonaban medio las antiguas casas de mantener la pureza güelfa, ejerciendo la *admonicion* severamente, á fin de segregar á los advenedizos, inclinandose de este modo al gobierno aristocrático. Por su parte las nuevas casas pretendian bacer suprimir la distincion nominal de güelfos y gibelinos, apoyando la opinion democrática. Tenian en su favor los Albizzi á los antiguos plebeyos güel-

fos, llamados nobleza ciudadana; los Ricci, titulos gibelinos, contaban en su partido á los Strozzi, á los Alberti, á los Médicis, familias de mucho dinero que habian desertado de los nobles ciudadanos. Los Ocho, encargados de la direccion de la guerra contra el papa, pertenecian todos á esta faccion como amigos de Bernabé Visconti; y combatiendo á la Santa Sede, pareció que daban la ventaja al partido gibelino. Defendíanse los Albizzi amonestando, y volvieron á tener la mejor parte cuando, fatigado el pueblo de la lucha y además escomulgado, deseó la paz. Promovido después Silvestre de Médicis al puesto de gonfalonero, propuso instituir una comision para la reforma del Estado (1378). Por los estatutos que fueron decretados entonces, se disminuyó la autoridad de los capitanes del partido güelfo, y se mitigó la severidad contra los amonestados y los sopechosos de gibelinismo.

El pueblo, que habia hecho pasar aquellos estatutos en un momento de furor contra la oligarquía, temió, una vez pasada la primera exageracion, que volvieran á empezar los castigos: de consiguiente, organizó á sugestion de los ciudadanos amonestados, ligas de tal fuerza, que la señoría no se atrevió á castigar á los jefes de las facciones, aun cuando los conocia.

Motin de los Ciompi.—Las pretensiones del infimo pueblo dieron más pábulo al incendio. Cuando la ciudad fué dividida en corporaciones de artes, cada una de las cuales era formada por sus jefes en materias civiles, algunas profesiones interiores, en vez de formar cuerpos, habian sido subordinadas á otras, como las de los tintoreros, tejedores, cardadores de lana, que se habian puesto con los pañeros. Resultaba de esto, que se encontraban á veces, cuando intentaban alguna demanda, tener por jueces ó á sus maestros ó los compañeros de sus adversarios. Llenos, pues, de cólera, y temiendo además ser castigados por los desórdenes pasados, los artesanos ó *ciompi* sublevándose de repente (20 de julio) saquearon á mano armada las casas sospechosas, y levantaron después cadalsos en las plazas para aquellos que robasen, con intencion de incendiar las habitaciones con todo lo que contenian. Confirieron entonces la caballería á Silvestre de Médicis y á otros sesenta y cuatro ciudadanos que disfrutaban su afecto, y que aceptaron, por temor á la muerte, apuel peligroso honor.

Teniendo á la señoría sitiada en el palacio, los ciompi pidieron que los oficios que dependian de los fabricantes de paños formasen una corporacion particular con sus propios cónsules, como los tintoreros, los barberos, los sastres, los esquiladores, los sombrereros, los fabricantes de cardas; que todos los detenidos fuesen puestos en libertad, excepto los traidores y rebeldes; que nadie del pueblo bajo pudiese ser llamado á juicio durante dos años por una deuda menor de 50 florines. Estas demandas y otras menos importantes les fueron concedidas; pero sus exigencias se aumentaron de

tal manera, que los priores dimitieron sus funciones no sabiendo qué partido adoptar. Los ciompi se apoderaron entonces de las puertas de la ciudad; Miguel Lando, pobre cardador de lana, que se encontraba en medio de aquella multitud, con los piés descalzos y casi desnudo (11), fué elegido por jefe. Precédelos con el estandarte de la justicia al palacio de la república, donde á voces es proclamado gonfalonero, y encargado de reformar el gobierno.

Aquel honrado y pobre hombre, á la vez valeroso, moderado y sensato, hizo cesar las violencias de los *Ocho* de la guerra, apaciguó á los partidos con su firmeza, nombró una nueva señoría compuesta de tres individuos de las artes mayores, de tres de las menores, y de tres de las nuevas corporaciones; reprimió á los ciompi hasta el punto de asaltarlos él mismo en los consejos, y arrojar un millar de los más tenaces: aquella desenfrenada muchedumbre se encontró de esta manera domada por su propia hechura. Habiendo espirado el año de sus funciones, Miguel Lando resignó la dignidad de que estaba revestido, y fué conducido en señal de homenaje á su alojamiento por los oficiales de la señoría con las armas del pueblo, llevando la tarja y la lanza, y montado en un palafren ricamente enjaezado. Pero pronto se disgustaron los gremios por los tres que se habian elegido de los ciompi, y la señoría se compuso de cuatro miembros, nombrados por las artes mayores, y de cinco elegidos por los menores, con nueva exclusion de los ciompi.

Vencido el partido güelfo (1379), pasó la autoridad á manos de los gibelinos, que condenaron á muerte á los principales Albizzi, acusados de conspiraciones con las tropas de Carlos III de la familia real de Nápoles; degradaron tambien á varios vecinos relegándolos entre la nobleza; y tomando á su sueldo á Juan de Aculo, dominaron en Florencia. Pero en 1382, los güelfos recobraron el poder por la fuerza, aboliéronse las corporaciones del pueblo bajo, y Moro Albizzi, que habia permanecido al frente del gobierno, anuló las leyes procedentes de la revolucion de los ciompi, alejó á Lando con los demás jefes plebeyos, aseguró á los grandes en el poder, vigilando siempre las opiniones rivales, y contrariándolas sin tregua y tambien sin exasperarlas.

En aquella época (1381) la república se habia apoderado de Arezzo, á título de compra; pero habiendo ocurrido un rompimiento con Siena con motivo de Montepulciano, buscó esta ciudad la amistad de Juan Galeazo, que á instigacion de los desterrados en que hormigueaba la Lombardia, se comprometió á sostener en Toscana setecientas

lanzas al servicio de Siena. Resultó de ello la guerra que ya hemos referido (1398), y que se continuó diplomáticamente después de la paz de Venecia, con el objeto de impedir á Juan Galeazo se acrecentase mucho hácia el Norte, y á Ladislao de Nápoles al Mediodia, siendo aquel príncipe tan péfido como los Visconti, y tan valeroso como estos cobardes. No se encontraba ya entonces el patronato de la Italia en manos de los fuertes, como querian, sino en la de los florentinos, cuya previsora mirada vigilaba los acontecimientos generales, oponiendo la liga de los débiles á la arrogancia de un potentado ambicioso.

Impulsó Juan Galeazo á Benito Mangiadori á arrebatarse á San Miniato á los florentinos; atrajo á sí á los que estaban á la cabeza del gobierno de Siena, ocupó á Perusa, y no pudiendo convertir en amigo á Pedro Gambacorti, señor de Pisa, incitó á Jacobo de Apiano, su secretario, á darle muerte para sucederle, y después á tratar de someter á Luca; luego obtuvo de Gerardo, hijo de este último, á Pisa con su territorio, reservándose la isla de Elba y de Piombino, que formaron un nuevo principado. Florencia, que en vano procuraba conjurar el peligro, organizando una liga güelfa, se encontraba en una de las más críticas posiciones, cuando fué salvada de ella por la muerte de Juan Galeazo. Viendo su hijo natural, Gabriel Maria, á quien Pisa habia cabido en suerte, que no podia conservarla, la vendió á los florentinos por 206,000 florines; pero los pisanos tomaron las armas, y sólo después de haber sostenido un largo sitio, fué cuando se resignaron á la servidumbre (1401).

Aquella guerra habia visto señalarse á Gino Capponi, ciudadano de perfecta integridad (12). La adquisicion de Liorna, que cedida por los genoveses mediante 100,000 florines (1421), aseguraba á su patria el territorio pisano, fué para él de gran alegría; porque aquel puerto estaba destinado á heredar la importancia que Pisa perdía poco á poco, y á procurar á los florentinos los medios de dedicarse á las operaciones lejanas de comercio, sin depender de Génova y de Venecia, y facilitando de este modo con el aumento de las fortunas privadas el de la fortuna pública. Se ocuparon al momento en proveer á la seguridad de aquel puerto, y allí se botó la primera galera armada para los viajes de Oriente; reglamentóse y se amplió la autoridad de los cónsules de mar, y pronto tuvo Florencia una flota capaz de hacer frente á Génova, y hasta de vencer á la escuadra genovesa.

Prosperaba en el interior, merced á las nuevas ordenanzas establecidas. Todo el que era admitido ciudadano, estaba obligado á construir en Floren-

(11) Estas son las espresiones de los historiadores: pero tambien resulta de los registros que en 1366, él era podestá en Mantuño, bajo el dominio de los Ubaldinos y en Firenzuola en 1377.

(12) Tenemos escritos por él, el *Tumulto de los ciompi* y los *Comentarios sobre la conquista de Luca*, que me parecen las más hermosas y nobles historias de nuestro idioma.

cia una casa que valiese al menos 100 florines. Las actas públicas se transcribieron á los libros de Reformaciones (*Riformagioni*); la colección de estatutos se convirtió en ley; mejoróse la moneda, creóse un nuevo monte para subvenir á los gastos; arreglóse el catastro de los bienes, de manera que cada propietario tuviese que pagar medio florin por ciento de capital (13). La nueva industria del hilo de oro hizo allí tales progresos, que ningun otro país pudo rivalizar con ella; los brocados y telas de todas clases llegaron á su perfeccion; sólo los cambistas del Mercado Nuevo hacían al año 2.000.000 en oro de negocios. Embellecióse la ciudad con las obras de los más célebres artistas. Se decidió que cada gremio colocaría el escudo de sus armas y la estatua del santo, su patrono, en uno de los nichos exteriores de San Miguel del Vergel, donde el mármol y el bronce fueron modelados por las manos de Donatello, de Andrés de Verocchio, de Baccio de Montelupo, de Nanni de Bianco, de Simon de Fiesole, de Lorenzo Ghiberti, á quien el gremio de Calimala encargó hacer las puertas de bronce de San Juan, en tanto que Brunelleschi era llamado para levantar la cúpula de Santa Reparata.

Tomás de los Albizzi después de haber vencido á los ciompi, continuó dirigiendo el Estado durante treinta y cinco años con habilidad y valor. Pero como el partido triunfante no se abstenia ni de la arrogancia respecto á los demás ni de la division en sus propias filas, á su muerte, las familias

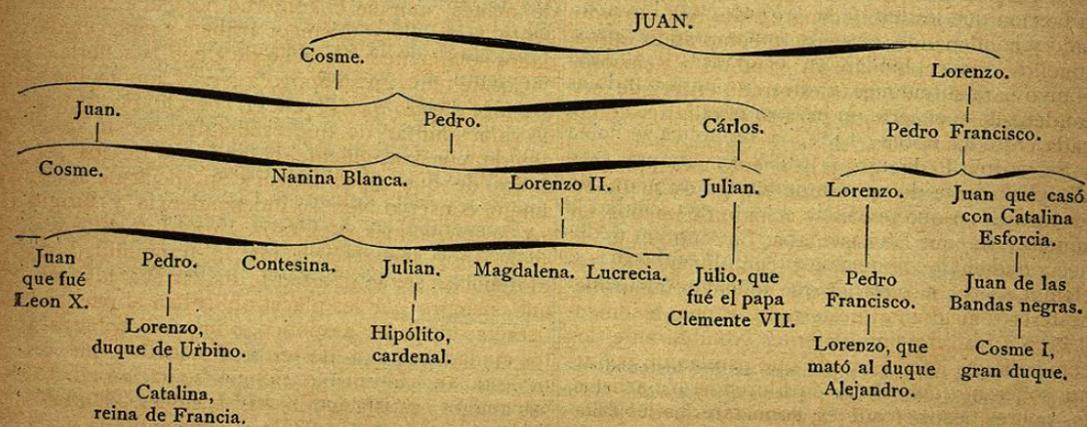
de los Alberti, Médicis, Ricci, Strozzi, Cavicciuli, á quienes la antigua clase media había atacado muchas veces en sus miembros y en su fortuna, levantaron la cabeza de nuevo. Juan de Ricci de los Médicis (14) había logrado beneficios considerables en las operaciones de banca, sobre todo durante el concilio de Constanza, estando entonces su caja al servicio del papa, lo cual le había adquirido inmenso crédito y negocios en todo el mundo. Al mismo tiempo se mostró tan benigno y tan desprovisto de ambicion, que se cesó de excluirle de los empleos. Su aquiescencia á ayudar con sus rentas á aquellos que lo necesitaban, sus modales cariñosos para con el pueblo, su moderacion en medio de los arrebatos de los partidos, le adquirieron la estimacion general; y su fama se acrecentó sobre todo cuando, asustado el pueblo por efecto de las cargas excesivas que ocasionaba la guerra con Felipe Visconti, su intervencion obligó á la señoría á aligerarlas. Los ricos y los de la clase media hicieron cuanto estuvo de su parte para atraérsele á su partido, hasta el punto de elevarle, á pesar de la oposicion de Nicolás de Uzzano, al empleo de gonfalonero, que desempeñó con el mayor decoro. Trasmitió su crédito y su importancia á sus dos hijos Cosme y Lorenzo, á quien recomendó al morir que obraran siempre bien, que no ofendieran á nadie, y que no buscaran en los negocios públicos nada más de lo que permitian las leyes y la voluntad de los ciudadanos.

Cosme de Médicis. — Jefe de la faccion Cos-

(13) El catastro contenía el nombre de cada ciudadano, su edad y profesion, el importe de su fortuna en bienes inmuebles y muebles de toda especie.

(14) Cuando la familia de Médicis llegó á ser grande y poderosa se inventaron genealogías para añadir el esplendor de un antiguo origen á la fortuna de una casa de la clase media. Pero ningun historiador italiano ha notado un hecho que se halla relatado en la *Historia de la anarquía de Polonia* por Rulhières; es, que la familia de Mikali ó Yatrani, cabeza de los mainotas del Peloponeso, célebres aun en las últimas guerras, es el tronco de los Médicis de Florencia, cuyo nombre es traducido del griego. De Juan de Médicis, hijo de Averardo, provinieron dos líneas; la una que dió á Cosme, padre de la patria, á Pedro, Lorenzo el Magnífico, Leon X, Clemente VII; la otra al gran duque Cosme I, y su dinastía.

Para más claridad en el relato de los hechos posteriores, daremos aquí su árbol genealógico.



mé (1429), con la habilidad y las vicisitudes de su padre, se consagró más fervorosamente á los negocios. Insinuante, sufrido, siempre dispuesto á recurrir á medios suaves, y á poner sus riquezas á disposicion de sus amigos, sabia, no obstante, adoptar medidas enérgicas si la necesidad lo requeria. Favoreciendo las letras y las artes, abría nuevas vías á la actividad siempre en aumento. La circulacion de las letras de cambio, por la cual los desterrados no debían ser ya reducidos á la miseria, les enlazaba por interés y por gratitud á la familia que hacia las mayores operaciones de comercio: los guerrilleros depositaban sus ahorros en su caja ó pedían anticipos de ella. La opulencia de Cosme se hizo mucho más considerable porque nunca dejó de vivir como simple particular, sin desplegar un fausto de casa que deslumbrara á sus conciudadanos, sin comprar á ministros extranjeros, sin asalariar tropas. Jamás escedió su gasto personal de 50.000 florines al año, á la par que Esforcia gastaba 300.000 aun antes de llegar á ser duque. Cabalmente, los medios que encumbraron al poder á los Médicis fueron sus virtudes privadas, su moderacion en los consejos, el sentimiento popular, una calma constante en medio de la efervescencia de los partidos, una beneficencia generosa.

La guerra de Luca, dirigida á la sazón con desgracia, aumentó la reputacion quitándola á los Albizzi y á sus parciales, de quienes era siempre instigador Nicolás de Uzzano, aun cuando era enemigo de medidas violentas. Pero á su muerte, y cuando la guerra estuvo terminada, fermentaron nuevamente los odios, y Reinaldo de Maso de los Albizzi empezó á maquinár activamente para derribar á Cosme y enseñorearse de la autoridad. Una vez tomadas sus medidas, tocó á rebato, y convocó una de aquellas asambleas que se celebraban en la plaza donde todos acudian en tropel y deliberaban tumultuariamente, y donde un corto número de demagogos, haciendo traspasar las vallas constitucionales, cual si fuese un caso de gravedad, arrastraban á la muchedumbre á decidir al gusto de la faccion que les había congregado. Allí fué acusado y condenado Cosme; pero comprando éste á aquellos que se habían ya vendido á Reinaldo, obtuvo para sí que fuera desterrado en vez de ser condenado á muerte, y para su familia ser confiada entre los nobles.

Se retiró á Pádua (1434), y entonces apareció allí claramente su grandeza, siendo estimado en los lugares en que residía, y echado de menos en aquellos de que se ausentaba. La señoría de Venecia que envió diputados á cumplimentarle, reclamaba sus consejos: los que se encontraban menesterosos acudían al desterrado, y una recomendacion suya era omnipotente. Nombráronle los comerciantes jefe, de modo que parecía un pequeño soberano. Al revés, en Florencia los artistas, los pobres, los mercaderes, conocían que les faltaba su apoyo. De consiguiente, no había trascurrido

un año cuando se formaba un nuevo señorío favorablemente prevenido hácia su persona: se llamó otra vez á Cosme, y Reinaldo Albizzi fué desterrado con sus parciales. Este jefe de la faccion contraria, desprovisto de aquella virtud paciente que sabe esperar y obrar en silencio, no ocurriéndole mejor partido fué á solicitar contra su patria la ayuda de Felipe Maria, y se adelantó hácia su territorio en compañía de Nicolás Piccinino; pero los florentinos le opusieron á Francisco Esforcia, quien los venció; después de haberse aventurado vanamente á otras tentativas para volver á sus hogares, fué á terminar sus días á la Tierra Santa.

De vuelta Cosme en triunfo, proclamado bienhechor del pueblo y padre de la patria, se vengó proscribiendo á gran número de sus adversarios, condenando á otros por actos sin ninguna importancia y oprimiéndoles á todos. Como se le hiciera presente que causaban gran daño á la ciudad tantos destierros, respondió: «Vale más ciudad dañada que perdida; por lo demás no hay que inquietarse, pues me bastan dos varas de paño fino para hacer un hombre de bien,» manifestando así la intencion de llenar los huecos con advenedizos. Conoció su poder, y al mismo tiempo comprendió que para consolidarlo le convenía dar importancia á su patria en toda Italia, y tranquilidad á ésta equilibrando sus Estados. Al efecto, asoció á su dinero la espada de Francisco Esforcia, las dos potencias de aquella edad, el banquero y el jefe de bandas, y observando que en cada ciudad italiana dominaba siempre una familia, pensó hacer otro tanto con la suya en Florencia, no por medio de las armas, sino ofreciendo á los ingenios nuevos atractivos y distracciones en las artes y ciencias, impulsando el comercio y manejando diestramente las intrigas políticas.

De este modo, sin subvertir la constitucion ni las leyes, fundaba la tiranía de la riqueza. Había producido el comercio una inmensa desigualdad de fortuna entre los ciudadanos, y los ricos se proporcionaban fácilmente admiradores, clientes, lo cual restringía la autoridad en un corto número de manos, aunque el gobierno popular seguía vigente. Hasta llegó Cosme á atribuir á cinco ciudadanos solamente el derecho de elegir la señoría.

Cosme tenía en su apoyo á Neri Capponi, hombre más diestro que él en el consejo, poseyendo el valor militar de que estaba desprovisto, y teniendo, por consiguiente, la confianza de los soldados de que aquél carecía. Sin dejar de ser su amigo, conservó Neri su independencia y dirigió los negocios más espinosos. Merced á estos dos ciudadanos, fué restablecida la tranquilidad en Florencia; pero la libertad le fué arrebatada, porque siempre que les placía obligaban al pueblo á decretar un poder despótico, á imponer tributos á los ciudadanos y á desterrar á aquellos que les molestaban. Al mismo tiempo se hacían adictos sus amigos, satisfaciendo sus pasiones, dándoles los empleos y los gobiernos, haciendo la vista

gorda respecto de los manejos de que se valen los seres viles que siempre están ligados á los poderosos.

Parecia que á la muerte de Neri debía engrandecerse aun más Cosme, en atencion á que ya no habia nada que pudiera contenerle; pero sucedió lo contrario, porque realmente habia perdido un apoyo. Con la intencion de humillarle sus adversarios abolieron los poderes discrecionales, é hicieron que la suerte decidiera de nuevo los miembros de la señoría: abandonóse el pueblo á transportes de júbilo, como si hubiera recuperado su libertad. Pero nada perdió Cosme del influjo que habia adquirido, porque siempre habia usado de él moderadamente, y tambien porque los advenedizos, cuyos nombres estaban metidos para la eleccion en la urna, eran hombres á él unidos por intereses y relaciones de comercio, ó sujetos por gratitud y por esperanzas: por otra parte, no hallándose reconcentrados los empleos en un corto número de individuos, sus enemigos venian á ser menos temibles. Apercibiéndose, en fin, de su error, solicitaron el restablecimiento de la balia. Antes de consentir en ello Cosme, quiso darles tiempo para que se penetraran á fondo de los resultados de su inesperienza (1458). Pero cuando Lucas Pitti fué nombrado gonfalonero, Cosme les dejó intentar la reforma deseada. Pitti ejercia, con ayuda del terror, una autoridad adquirida por la fuerza; á él se dirigian todos los pretendientes, todos aquellos cuya posicion no era buena; su casa era el punto de reunion de todas las personas de mala vida. Con los donativos voluntarios que se le hicieron, construyó el palacio Rusciano, y otro en la ciudad que se elevó majestuosamente sobre el monte, á la par que los Médicis conservaban en el llano, junto á la calle Larga, su habitacion, cuya hermosura no excluía la sencillez.

Retirado Cosme á aquella morada, parecia más grande desde que debia sólo á su mérito personal su lustre. Fray Angélico, Pippo y Masaccio trabajaban á fin de hermosearla con sus pinceles: Donatello le aconsejó que reuniera allí las obras maestras antiguas: sus corresponsales no recibian de él solamente pedidos de mercancías y de dinero, sino que les encargaba además que se proporcionaran manuscritos, y enviaba espresamente personas para que sacaran copias de ellos: acogia á los literatos, especialmente á los que habian huido de Constantinopla; y fué fundada con los libros que habia reunido la biblioteca Lauretana. Colocó otra en la abadía que hizo construir á la falda del monte de Fiésola, otra en San Marcos de los Dominicos, que fundó, así como San Gerónimo, en Fiésola, San Francisco del Bosque en Mugello y San Lorenzo, además de Santa Cruz, de la Anunciacion, y San Miniato en los Angeles, cuyos arquitectos eran Felipe de San Brunellesqui, Michelozzo y otros artistas de los más célebres (15). Cosme ha-

(15) Si hemos de dar crédito á Lorenzo el Magnífico,

bia dejado en Venecia muchas fundaciones piadosas; habia dotado á Jerusalem con un hospital, y á Asis con un acueducto: no es, pues, sorprendente que haya sido considerado en el extranjero como un gran príncipe, á la par que vivia como un simple particular en su patria. Seria imposible calcular sus riquezas. Era propietario ó tenia en arrendamiento todas las minas de alumbre de Italia, y pagaba por una sola, situada en Romaña, 100,000 florines al año. Hacia el comercio con la India por Alejandria, y no habia ciudad donde no tuviese una casa de banca. Prestó sumas considerables á Eduardo de Inglaterra, y adelantó dinero al duque de Borgoña. Teniendo á su disposicion todos los guerrilleros, y sabiendo que *el mundo no se gobierna con padres nuestros*, mantuvo el equilibrio entre las potencias de Italia, y en los treinta años que fué jefe de su república, sin hacerse tirano, añadió al territorio florentino Borgo Sansepulcro, Montedoglio, el Casentino y el valle de Baño. Durante esta calma se amortiguó el celo por la libertad: los florentinos así como los demás italianos, se habituaron á ver grandeza fuera de la política; y el artista, el literato, el rico negociante se dieron el parabien por verse libres de cargas que en otro tiempo habian experimentado (16).

Tal era la situacion de su patria cuando murió Cosme (1461) en su casa de campo de Careggi, llorado por sus amigos á causa del bien que les habia hecho, por sus enemigos á causa de los males que tenian tan luego como no existiera quien podia tener á raya á los hombres poderosos. Con efecto, Lucas Pitti ejerció entonces la tiranía, no teniendo otros obstáculos que la débil autoridad de Pedro, hijo de Cosme, débil de alma é inútil de cuerpo por estar tullido. Habian estado interesadas las familias de Florencia en sostener á Cosme en razon de los préstamos que les hacia siempre que tenian necesidad de ellos, sin aguardar siquiera á que se los pidiesen. Ahora bien, Pedro con el pensamiento de remediar el trastorno ocasionado á sus intereses mercantiles á consecuencia de considerables gastos, de quiebras y de la imposibilidad en que se encontraba de atender personalmente á sus operaciones, exigió el reembolso de sus capitales para emplearlos en tierras. Fácil es formarse una idea de la crisis que trajo esto por resultado: se le imputaron las quiebras que produjo esta demanda, y naturalmente se formó una comparacion triste de su avaricia y de la liberalidad de su padre. De resultas se resolvió quitarle su reputacion y el gobierno, y restablecer la

la casa de Médicis habia gastado desde 1434 al 74 en edificios y limosnas, 663,755 florines de oro, equivalentes á 32,000,000 de pesetas.

(16) Rousseau, que tuvo la idea de escribir la historia de Cosme de Médicis, decia á Bernardino de Saint-Pierre, era un simple particular que llegó á ser soberano de sus conciudadanos con hacerlos felices; sólo se elevó y mantuvo por medio de los beneficios.

libertad. Las maquinaciones de Lucas Pitti hicieron anular la balia, y debió decidir la suerte de las elecciones. Entonces fué proclamado gonfalonero Nicolás Soderini con grande alegría del pueblo. Republicano leal, aunque débil hasta lo sumo, tenia necesidad de ser guiado, lejos de saber guiar á los demás, como correspondía á su destino. La faccion del Poggio, como se llamaba á la de los Pitti, cifrando toda su esperanza en el desorden, le puso embarazos cuando emprendió reformar el Estado por las vias legales, y le dejó su empleo sin haber salido airoso en ninguna tentativa.

En esto Francisco Esforcia, el mejor amigo de los Médicis, exhaló el último aliento (1461), y Galeazo Maria solicitó que Florencia continuara pagándole el subsidio que satisfacía á su padre, como general al servicio de la república. El partido del Poggio se negaba á esta pretension y conspiraba con Buoso, duque de Módena, á fin de arruinar á los Médicis, y tal vez á asesinar á Pedro y sus dos hijos Lorenzo y Juan: pero los Médicis quedaron vencedores: fueron desterrados sus adversarios y se reanimaron las enemistades. Reunidos á los desterrados de 1434, se aprestaron á la guerra; no queriendo ayudarles Venecia abiertamente, dejó á Bartolomé Coleone, quien mandaba sus tropas, que se pusiera al sueldo de ellos, y se le incorporaron muchos pequeños señores de la Romaña.

Ligados los florentinos con Galeazo Maria y el rey de Nápoles en 1468, marcharon contra ellos, mandados por Federico de Montefeltro, señor de Urbino, discípulo de Francisco Esforcia: los dos ejércitos vinieron á las manos en Molinella, donde se hizo uso por primera vez de la artillería ligera; y llegando á faltar el día, se encendieron antorchas para continuar batiéndose. Permaneció indecisa la jornada: costó á la república florentina un gasto de 1,300,000 florines de oro; pero los desterrados se vieron obligados por no tener dinero á renunciar á la lucha, y á sujetarse á la decision de Pablo II, que intimó á todos los señores de Italia concluir la paz para dirigir sus armas contra los turcos, sin hacer no obstante ninguna estipulacion en favor de los desterrados. Encontráronse éstos, pues, así como sus amigos y parientes, en una condicion peor que antes con respecto á sus personas y bienes. Pedro, durante aquel tiempo, sujeto por las enfermedades, ignoraba las crueldades ejercidas por los suyos: no cesaba de recomendar la moderacion; pensaba hasta en llamar á los desterrados cuando murió (1469).

Lorenzo y Julian.—Lorenzo y Julian, sus hijos, *príncipes del Estado*, nombraron cinco adjuntos, con el derecho de elegir el consejo de los Docientos. No fué ya una balia temporal para circunstancias urgentes, sino una dictadura permanente, con poder de hacerlo todo: castigar, desterrar, levantar impuestos. Los Médicis se encontraron de esta manera dueños del Estado, pudieron aprovecharse de las rentas públicas, sin contar las

sumas que se les adjudicaba para conservar su favor, ó para comprar la impunidad de las malversaciones. Gobernaban, pues, como tiranos, deslumbrando la vista con la proteccion que concedian á los artistas y literatos.

Conjuracion de los Pazzi.—Entre las antiguas familias feudales, la de los Pazzi, del valle de Arno, brillaba en primera línea por su opulencia y nobleza. Cosme habia tenido la destreza de no ponerse en pugna con ella; la habia dejado entre los plebeyos, lo que la hacia admisible á los empleos; y Guillermo de los Pazzi se habia casado con su hija Blanca. Sin embargo las riquezas y la numerosa clientela de aquella casa, sobre todo cuando se alió á los Borromeos, causaron recelos á los Médicis: Lorenzo hizo, pues, dar por la balia una ley, que cambiando el orden de sucesion, excluía á los Pazzi de la herencia de sus nuevos parientes. Irritáronse estremadamente, y Francisco Pazzi, abandonando á Florencia, trasladó su casa de banca á Roma, donde Sixto IV le tomó afecto, y le hizo banquero de la Santa Sede.

El ambicioso pontífice meditaba entonces formar en la Romaña un hermoso Estado para los Riarios, sus sobrinos, despojando á los pequeños señores del país. Lorenzo, que penetró sus proyectos, interpuso obstáculos ligándose con Venecia y Milan. Entonces, irritado Sixto IV, no pensó más que en derribar á los Médicis y apoyar á los Pazzi. Pero, como una guerra parecia incierta y peligrosa, se prefirió la via del asesinato. Urdieron, pues, los Pazzi una conjuracion con Gerónimo Riario y Francisco Salviati, que los Médicis no habian querido recibir como arzobispo de Pisa. Ambos príncipes fueron atacados en la iglesia de Santa Reparata durante la misa. Julian sucumbió, pero Lorenzo pudo defenderse. Sus asesinos fueron presos y muertos vergonzosamente. El arzobispo fué ahorcado de una ventana del palacio de la señoría, donde habia acudido para hacerse dueño de ella.

Las frecuentes conjuraciones en aquel siglo, y sus malos resultados, son un asunto de graves consideraciones. Los ciudadanos no habian depuesto aun las armas; eran un ejercicio y una diversion para la juventud noble, que después iba á pelear al servicio de algun señor. No se tenia tanto horror á la sangre como en el día, acostumbrado sobre todo como se estaba ver á los tiranos derramarla á torrentes. La novedad de los gobiernos despertaba las malas pasiones, y los recuerdos de la libertad existian aun en el país; pero no sucedia lo mismo con las desgracias con que iba acompañada. La mayor parte del pueblo se habia fácilmente sujetado á la dominacion de un príncipe que le proporcionaba el descanso y mayor seguridad; pero las familias nobles echaban de menos su perdida autoridad, y no podian sufrir que otro ejerciese la tiranía, que ellas mismas hubieran querido ejercer. Por otra parte, el príncipe no estaba constituido sino en virtud de hecho; no estaba determinado